



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año II



30 de marzo de 1889



Núm. 74



ANTE EL FOTÓGRAFO

Ayuntamiento de Madrid



UN RATO DE CHARLA

No puedo explicaros bien la impresión que me produjo cierta noticia que lei el otro día en los periódicos de Madrid: no sé si fué que se me revolvió el estómago ó que me sentí avergonzado, indignado.

Parece que se descubrió una casa de juego, especialidad para niños.

Y eso no tiene perdón de Dios, ni debería tenerla del Gobierno, del juez y de los padres.

Es un síntoma horrible, como si en lo más recóndito de las entrañas de un niño se descubriera la existencia de un tumor canceroso.

Siento tener que decirlo, pero esos niños jugadores están perdidos ya para siempre sin remisión. Quiera Dios no sean almácigas de la horca ó candidatos á la licenciatura... de presidio.

Rinconete y Cortadillo, á pesar de la peregrina péñola que inmortalizó sus hechos, me han entristecido siempre, como me entristece ver á los pordioseros jugar á cara ó cruz el producto de su industria; pero no se trata en el caso presente de gente de la *hampa*, sino de *señoritos*.

El juego de azar es una pasión degradante, inhumana, bestial, en el adulto; pero en el niño es una monstruosidad infernal, un vicio que da asco y horror.

De ahí mi espanto al leer la tal noticia; de ahí mi profundo sentimiento en vista de que el código penal no castigue con garrote vil al amo de la cueva y á sus gancheros, y con doscientos latigazos á la inglesa á los jugadorcillos mocosos.

¡Pobres padres!

*
* *

He oído decir que parecía haberse descubierto una nueva pista que puede conducir al descubrimiento del crimen de Carabanchel. Según

noticias, una niña manifestó que la víctima era uno de esos adolescentes que tocan el organillo por las calles, y que los asesinos fueron sus compañeros, sus coetáneos.

Huéleme esto á juego á cien leguas.

* * *

Quizás los niños á que he aludido más arriba se defen-



Mi retrato

derán diciendo aquello de *peor eres tú*, pero esto no es, ni ha sido nunca, una razón.

Ciertamente que lo que estamos presenciando hace pensar en aquellas palabras de Hamlet: «Hay algo podrido en el reino de Dinamarca.» Pero si yo tuviese la dicha de ser niño, creo que haría mi composición de lugar y contemplaría lo que está pasando á guisa de los chicos esparta-

nos cuando para hacerles aborrecer la embriaguez se les ofrecía á la vista un ilota ebrio.

O haría como los discípulos de aquel maestro famoso que, después de hacerlo él, decía: «Niños, esto no se hace.»

Porque si la niñez y la juventud dan en imitar lo que ven ahora, aviados estamos, por la gracia de Dios.

Es preciso que los que ahora se encuentran en la primavera de la vida, ruborizados, escandalizados, encolerizados por esas cosas que se dicen en alta voz y que harían subirle los colores al rostro á un cabo de vara de presidios, se propongan no incurrir en tan afrentosas bajezas y cuiden de que jamás se les pueda sacar al balcón de la opinión pública para recibir los salivazos morales de los hombres de bien.

Es preciso que la juventud aliente otras aspiraciones que las de hacer negocios, y borre con su proceder el recuerdo de estos tristes días que corremos.

La corrupción ha llegado á tal punto, el descreimiento en el castigo se ha hecho tan procaz, que uno desea pasen volando los años á ver si los que nos suceden lo hacen mejor; ó, de otra manera, lo hacen menos *irregularmente* que los de ahora.

Entonces se verá si los hombres se prestan á servir de escabel para que suban ciertos desalmados.

De ahí mi anhelo, mi vivísimo anhelo de que la niñez y la juventud de ahora no tengan otra pasión que la de la moralidad, ya que sin este requisito todo lo demás es pura zarandaja, miserable palabrería.

No se diga, cuando vosotros seáis mayores de edad, que España es un presidio suelto.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO





LA VIDA DE LAS PLANTAS

LAS plantas tienen en su organismo funciones vitales como los demás seres. Respiran, comen, beben y duermen. Respiran como nosotros el aire atmosférico que envuelve la tierra en su azulado velo, y su respiración se efectúa en sentido inverso de la nuestra, porque consume el ácido carbónico, elemento mortal para nosotros, y tiene precisamente la misión de establecer de continuo el equilibrio de los principios constitutivos del aire.

Sus alimentos son el agua y el carbono, el azufre y el fósforo. La prodigiosa organización de sus raíces y de sus hojas le permiten tomar y hasta buscar sus principios nutritivos en el aire y en el suelo, tan lejos como puedan extenderse sus brazos y sus ramas. La planta duerme, algunas veces, desde el ocaso á la salida del sol; otras más perezosas velan largo rato y se despiertan al mediodía; y si éste amenaza lluvia, llevan su negligencia hasta no desvelarse en tanto no vean el sol. Y es que un lazo secreto, una simpatía misteriosa, liga á las plantas con la luz.

Las plantas, demostrando facultades electivas, saben escoger el alimento que mejor les conviene. Poseen, asimismo, armas defensivas ya que no ofensivas. La rosa tiene espinas, y la mayor parte de las flores venenos letárgicos. Estas espinas aceradas ¿no sirven para detener á la mariposa en sus infatigables evoluciones? Y esos efluvios venenosos ¿no tienen, asimismo, la virtud de adormecer á los insectos, dispuestos siempre á la devastación?

Tampoco son las plantas seres inactivos, parásitos creados por la naturaleza para engalanarse vanamente con ellos, no. Las plantas buscan, rehusan, escogen y trabajan. Un ilustre botánico hace observar que las plantas poseen instintos que se elevan á las proporciones de verdadera pasión: tal es el deseo de su felicidad, su sed de vida, su ansia de bienestar. Se desvían de los obstáculos que pueden detenerlas en su desarrollo, y de los objetos inmediatos que pueden serles nocivos, buscan con avidez el sol, el aire y las tierras fértiles, el agua, que adivinan á veces á larga distancia, y hacia la cual extienden sus raíces con incomprensible instinto de adivinación.

Tal es así, que voy á exponeros sobre esto un curioso sucedido.

Entre las ruinas de New-Abbey, en el condado de Galloway, crecía un arce, en medio de un antiguo muro. Allí, lejos del suelo, en el cual se alzaba unos cuantos pies el montón de piedras que le servía de base, nuestro pobre arce se moría de hambre; hambre de Tántalo, pues que al pie mismo del árido muro se extendía fértil y nutritiva campiña.

¿Quién podrá describir los sordos estremecimientos del ser vegetal que lucha contra la muerte, sus tormentos silenciosos, sus desfallecimientos, su frenética codicia? ¿Quién podrá referir lo que pasó en el organismo de aquel árbol, qué

atracciones se establecieron, qué facultades se aguzaron y qué virtudes nacieron? Ello es que el arce, enérgico y brioso, deseando á toda costa vivir, y no pudiendo hacer que la tierra llegase hasta él, marchó él, inmóvil y encadenado, hacia aquella tierra lejana; punto luminoso que le prometía apagar la sombra de muerte que le envolvía, campo de promisión, tierra anhelada en sus nostálgicos deseos.

Pero ¿sabéis cómo marchó? Estirando sus ramas, alargando sus brazos, que inclinó luego hacia ella como los arcos de una flecha. Brotó una raíz improvisada, nacida al aire libre, y dirigida hacia la tierra, que al fin alcanzó. ¡Con



Salto de carnero de un asno

qué alegría penetró en ella! El árbol se había salvado. Alimentado por aquella naciente raíz, dejó morir las que en vano había dirigido por entre los escombros, y luego, enderezándose poco á poco, abandonó las piedras del viejo muro para vivir sobre su órgano libertador, que muy pronto se trasformó en robusto y corpulento tronco.

Hay en la vida de las plantas días de felicidad y de bienestar, así como días de sufrimiento y de tristeza, cuya señal podemos encontrar, no en las arrugas de su rostro ni en sus canas prematuras, sino en los círculos concéntricos, gruesos, uniformes, ó delgados y desiguales, que dibujan los años en el corte horizontal del tronco de los árboles.

Las plantas tienen, pues, vida latente, y es indudable que nos sentiríamos dominados por profundo asombro si nos fuera dado penetrar un instante sólo en el mundo vegetal y escuchar lo que dirán en su lengua las humildes y frágiles florecillas y el roble añejo y secular.

JAZMÍN

EL GARBANZO

Con su honrado trabajo mantenía Manuel á sus dos hijos, Pedro y Gaspar, niños, á la sazón, de pocos años, alivio y alegría de las hondas tristezas de su padre, á quien amargaba la realidad de su viudez, el recuerdo de las perdidas venturas de su matrimonio.

Por sus dos pequeñuelos se desvivía el buen hombre, que ellos eran manantial de sus esperanzas y consuelo único de su vida presente. Cuando regresaba á su casa, fatigado del rudo trabajo, con la blusa manchada y sucia por el carbón de la fragua, el brazo derecho algo arremangado, dejando al descubierto la huesuda muñeca de velluda piel, ¡con cuánto regocijo aquel gigante se encorvaba para levantar del suelo á uno de los muchachos, mientras el otro, quejumbroso, le tiraba de la blusa con celos infantiles! Entonces, el padre, cogiendo con ambos brazos á los frutos de su amor, los zarandeaba de un lado para otro, mientras los niños se afianzaban abarcándole el cuello, y hundían sus manecitas blancas en la espesura negra y sedosa de la abundante barba del herrero.

Llegó un día en que el padre, á consecuencia del desprendimiento de una traviesa en la montura de una techumbre, cayó herido, con tan mala fortuna que á los pocos días perdió la vida.

Cuando llevaron al desdichado moribundo á su pobre casa, no dijo más que estas palabras:—¡Mis hijos!—á los cuales colocaron sobre la cama los vecinos que acudieron; y mientras el infeliz herrero hundía la cabeza en la almohada y contemplaba con angustia á sus dos pequeñuelos, ellos, aun sin comprender la gravedad del caso, sentían cierto horror instintivo, extendiendo sus manecitas trémulas hacia su padre inmóvil, que daba á sus ojos toda la elocuencia desesperada y amante que no podía expresar con sus palabras.

Así que hubo llegado la noticia de la muerte del herrero á oídos de sus parientes y de aquellas personas que le trataron, despertóse un movimiento de general compasión en favor de los niños huérfanos, por todo el barrio; cundió una especie de filantropía contagiosa, acaso porque al hacer, los chismosos, cálculos y cábalas acerca de la persona que ampararía á los muchachos, debió decir quien menos obligación tuviera de ello:—Yo me quedo con los



Historia de una avecilla

chicos.—Esto fué estímulo de otros más allegados al difunto, al propio tiempo que despertó la vanidad de los más pudientes y el amor propio de los más tozudos, por donde se vino á ver cómo se trocaron en caritativos muchos que no pensaban serlo en todos los días de su vida.

Al fin quedó la puja entre Marcelino, hermano del muerto, y D. Gregorio Campo-Escarchado y Compostela de Fuenteseca; los cuales convinieron, supuesto que eran dos los huérfanos, quedar cada protector con un muchacho. Pero á Marcelino se le hacía cargo de conciencia meter baza en la elección,



La pequeña india

porque siendo él pobre y D. Gregorio rico, elegir era condenar premeditadamente á la miseria ó al trabajo rudo á uno de los muchachos; y Marcelino, que veía de muy lejos, ya preveía que esto pudiera echárselo en cara su protegido envidiando la suerte de su hermano, que había de ser más regada.

Convinieron, pues, Marcelino y D. Gregorio que el azar determinara cuál de los muchachos había de ser tratado á cuerpo de propietario y cuál á cuerpo de carpintero.

Después de convenir las condiciones del sorteo, sin que los huérfanos se percatasen de ellas, Marcelino echó en el fondo de su gorra grasienta una habichuela y un garbanzo, y dijo á uno de los niños:

—Saca una de las dos cosas que hay en la gorra.

El muchacho, que era Gaspar, sacó el garbanzo.

—En verdad que te los has asegurado para toda tu vida,—dijo Marcelino. Y luego, encarándose con Perico, añadió:

—Ven acá, hijo mío: la habichuela sea con nosotros.

Vivieron, pues, desde este día, con Marcelino, Pedro, y con D. Gregorio, Gaspar.

**

Marcelino anduvo de ceca en meca, cada vez más aporreado con la falta de trabajo. Perico salió un aprendiz de carpintero como hay muchos: ni listo ni torpe, ni bueno ni malo. Unicamente fué notable en recibir muchos golpes, pues llevaba todo el cuerpo graduado de cardenales, algunos de ellos tan sobresalientes que ya parecían papas.

Con todo esto, pocos mimos, comida mala y compañía peor, el pobre muchacho sacó un genio de gato rabioso, arisco y agresivo para todo el mundo, terco, duro y mal intencionado.

Llegó un día en que D. Gregorio, saliendo á paseo con Gaspar, cruzó por la calle donde tenía su taller humildísimo el ebanista Marcelino, y quiso la casualidad que Perico estuviera sentado en el umbral de la puerta comiendo un trozo de pan.

—Mira á tu hermano,—dijo D. Gregorio á Gasparín, señalando á Pedro, el cual se levantó retrocediendo algunos pasos.

—Ven acá, borrico,—añadió D. Gregorio.

Perico se acercó, más que con timidez, con recelo; apretó con la mano derecha el pan que estaba comiendo, y fijando los huraños ojos en tierra, permaneció tosco.

—¿No dices nada á tu hermano?—replicó D. Gregorio.

Los dos muchachos quedaron frente á frente, inmóviles, sin decir una palabra. Gaspar contemplaba con mezcla de asombro y de asco á Pedro: éste ni quiso levantar la vista del suelo, y, si alguna vez lo hacía, centelleaba miradas furtivas, inquietas, ásperas, enconadas. Gaspar era la imagen de un ángel vestido y calzado: Perico, harapiento y sucio, parecía una mona cubierta de harapos. Todo era en Gaspar cuidado, aseo, circunspección, medida, limpieza, suavidad de líneas y airecillos de gatito mimado que duerme sobre el manteo del canónigo; en tanto que Perico en toda su persona mostraba dureza, torpeza, desabrimiento, roña de viejo sobre cuerpo de niño, mirada cerril, piel áspera, rasguñada, sucia y dura; vestido jironado, con puertas y ventanas á todos los vientos. Cada uno de los niños traspiraba por su conjunto y detalles la influencia del medio de su vida. Gaspar tenía la cara redonda, blanca y



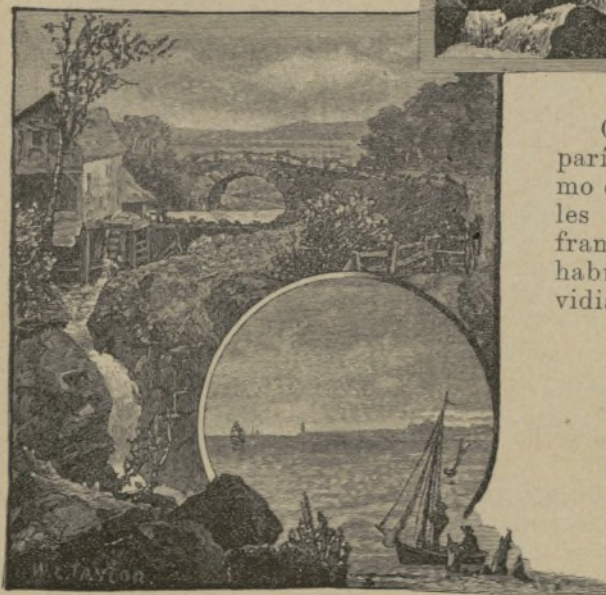
La pequeña india

fresca, orlada por los bucles que á uno y otro lado le caían por debajo del sombrero con plumas, cubriendo los oídos; y Pedro mostraba su cráneo duro y rapado, con peladuras de chirlos y abultamientos de chichones, y las orejas, por donde le agarraba el maestro, parecían las asas de un gran perol, digno adorno de aquella cabezota y de aquella cara, en la cual los ojos se hundían y respingaba la nariz sobre la boca reprimida, bajo la frente abombada y entre los pómulos salientes, y todo en él transcendía á la madurez prematura del fruto verde cascado á golpes.

—Ea, despidete de tu hermano,—dijo por fin D. Gregorio.

—Adiós, Perico,—murmuró Gaspar con timidez.

—Adiós,—respondió Perico en voz baja y sin levantar la vista del suelo.



El arroyuelo

Cuando D. Gregorio y Gasparín se alejaban por un extremo de empinada calle, entonces les dirigió Perico una mirada franca, llena, audaz, en la cual había mezcla de rencor y de envidia; después volvióse á sentar en el umbral de la puerta y continuó mascando el mendrugo á dos carrillos.

No pudiendo sufrir los malos tratos que Marcelino le daba, porque aquel trozo de pan que comía Perico era el mejor regalo de su vida, declaróse independiente

y comenzó á campar, no por su respeto, sino por su falta de vergüenza. Después de catar la bribia pordioseando en calles y paseos, resolvióse, con otros compinches de su edad, á ser una especie de guardamaletas y portaparaguas, que es el bachillerato del mozo de cuerda; y con este fin declaró cuarteles de sus hazañas las estaciones del Mediodía y del Norte.

Digo, pues, que á las maletas les sacaba el jugo honradamente, hasta que llegó un día en que, pesando más una maleta que su honradez y creyendo que guardaba algún tesoro, resolvióse por escarbarle las entrañas. Para ello alejóse con la presa á lugar seguro, y, así que hubo llegado á las afueras de la ciudad, á uno de esos campos solitarios y pelados que circundan á Madrid, arrojó en el suelo la maleta y comenzó á forzarla; pero la maleta era pasmo-

samente honrada, porque no se dejó forzar, por más que Perico le diera con un guijarro en el ojo de la cerradura y le hincara la navaja por la boca. La lucha fué larga, y al fin resolvióse el muchacho á cortar la piel á la desventurada presa para llegar de cualquier modo á las entrañas. Le hizo un corte como de medio palmo, lo bastante para que sangrara por la herida todo su contenido. Metió la mano codiciosa y trémula, y sacó una bota, una bota enorme de becerro, apenas usada; después una camisa, un pantalón, unos guantes, un fajo de retratos, una zapatilla y un libro; con lo cual ya tenía la maleta la mitad de las tripas fuera, y por aquel lado no pudo seguir su buceo porque la maleta estaba dividida en su promedio por una valla resistente. En tonces el ratero metió el pie por donde antes la mano, y, cogiendo la maleta por el asa, comenzó á tirar con las manos hacia arriba y con el pie hacia abajo. Con esto quedó sin fondo el mueble, y comenzaron á rodar pañuelos, puños, cuellos, una caja de soldados de plomo, un mazo de cigarros, dos camisas, y la bota y la zapatilla compañeras de las que habían salido. Esto era todo.

No muy contento de su presa, arrojando los restos de la maleta y metiendo todos los objetos en un pañuelo, se volvió Perico á la ciudad, en cuyas puertas fué detenido por un guardia de consumo:

—¿Qué llevas ahí?

—No es de pago.

—A ver.

—¿Pa qué?

—A ver. ¿Qué es esto? ¿Quién te lo ha dado?

Aquí comenzó el muchacho á hacerse un lío, en tanto que los guardias le deshacían el que llevaba, apropiándose los cigarros, como es de rigor en tan nobilísimo cuerpo.

Las contradicciones de Perico, su temblor y su inquietud, dieron con él en la cárcel, en donde se hizo doctor en muchas ciencias que ni siquiera había imaginado que existían.

**

Gasparín terminó su carrera de derecho, fué juez y al fin salió magistrado: aquella flor de estufa dió sus frutos.

Un día, en las funciones de un juicio oral y público, por la declaración del procesado, entendió Gaspar que se hallaba enfrente de Pedro, á quien no pudo reconocer por inspección directa ó simple, supuesto que le había perdido de vista durante veinte años.



Después de la reprimenda

Recomendó la causa á los otros jueces, sin declararles la razón que le movía, y abandonó el local de la Audiencia, dirigiéndose á su casa bastante enfermo y preocupado.

Condenaron al reo á cadena perpetua, que, aunque merecía la última pena, las recomendaciones de D. Gaspar causaron este milagro.

Aquel día D. Gaspar mandó hacer una urna de plata. Produjo extrañeza el encargo entre todos los individuos de su familia; pero la extrañeza se convirtió en asombro cuando vieron que, abriendo la urna, metió en ella un garbanzo, la cerró después y la puso sobre un retablo en el despacho.

—¡¡Una urna de plata para un garbanzo!!—exclamaba su mujer.—¿Estás loco?

—Yo sé lo que hago.

—Un día mandarás construir una urna de oro para encerrar en ella dos cuartos de habichuelas.

Gaspar se puso densamente pálido, y replicó á su esposa:

—En tanto y en menos puede estribar la vida, la honra y la felicidad de un hombre.

RAFAEL TORROMÉ



CARIDAD

Era una noche: corría
yo á casa, y el viento helado
lánguida voz me traía,
pareciendo que gemía,
cerca, algún desventurado.

Avivé, y al poco trecho
vi, en sus lágrimas deshecho,
á un pobre, mísero anciano,
que, poniendo sobre el pecho
su fría y trémula mano,

—Señor,—me dijo lloroso,
con acento lastimero;—
la edad me tiene achacoso,
y el pedir me es vergonzoso,
y de hambre y de frío muero.—

Se echó á llorar: yo mis ojos
sentí en el llanto anublarse,
vi al pobre ante mí de hinojos,
y, alzándole con enojos,
lo hice en mi capa embozarse.

Dile al instante la mano,
llevéle amante á mi casa,
y ¡ay!... el gozo sobrehumano
de socorrer á un anciano
me encendió como una brasa.

Que tal placer yo sentía
viéndole por mí aliviado,
que ardor igual de alegría
ni lo gocé hasta aquel día
ni después ya lo he gozado.

Niños: sabed que ventura
no se halla en las diversiones;
mas la hallaréis rica y pura



La araña y la avispa

si practicáis con dulzura
las más piadosas acciones.

EZEQUIEL SOLANA



— NUESTROS GRABADOS —

ANTE EL FOTÓGRAFO

La niña (que hace por su carita mucho honor á sus papás, y al ama si la tiene), muestra suma complacencia, á lo que se ve, en mirar aquella máquina que tiene delante, no creyendo, sin duda, que en breve se verá reproducida sobre una cartolina... y poco después en EL CAMARADA. Ello es que ya darían algo muchos grandullones en ser tan interesantes como esa chiquitina.

MI RETRATO

Me llamo *Turco* y soy el perro favorito de mi amo, que un día se empeñó en que me retrataran. Condújome á la casa de un fotógrafo, y éste me colocó convenientemente; mas apenas vi que alargaba una especie de cañón, me bajé de un salto. Mi amo volvió á ponerme en el mismo sitio, y yo volví á bajar. Entonces aplicóme un correctivo para que me estuviese quieto y me colocó por tercera vez en el sillón; mas un gato, acercándose cautelosamente, me arañó. Por fortuna para él, se lo llevaron, porque, si no, le estrangulo. El fotógrafo puso encima de su máquina un pajarillo vivo para llamarme la atención, y mientras yo le miraba pudo sacar mi retrato perfectamente.

SALTO DE CARNERO DE UN ASNO

¿Se creían Vds. que sólo los carneros daban saltos de ídem, ó que sólo los daban los carneros y los caballos? Pues ya pueden Vds. ver ahora cómo también los dan los mismos asnos. Escena muy graciosa, descontando, se entiende, al pobre del tirado.

HISTORIA DE UNA AVECILLA

Mi nombre es *Petit*, soy una avecilla y vivo en dorada jaula. Mi joven ama me cuida mucho: todos los días me da mi alimento, agua fresca y algún piñón, y por eso la quiero mucho.

Cierto día entró en la habitación un gato, y, al ver yo que trataba de trepar á mi jaula, temí que me devorase, y comencé á batir las alas, gritando con toda la fuerza posible. La niña llegó é hizo salir al gato.

El verano pasado cometí una falta: por un descuido la niña dejó abierta la jaula de mi prisión, y yo me escapé, escondiéndome después en un matorral del jardín; mas al observar que la niña lloraba, buscándome afligida por todas partes, me dejé ver. Mi ama acercó la jaula con la puertecilla abierta, y yo me introduje dentro. Su alegría por haberme recobrado me recompensó del sacrificio que hacía de mi libertad.

LA PEQUEÑA INDIA

—¿Hay indios todavía?—preguntaba una niña á su papá.

—Sí, hija mía,—contestó el padre;—pero los más de los que aun quedan viven en las ciudades y tienen iglesias y escuelas, cosas que desconocían en otro tiempo. Dedicanse á construir cestas y otros varios objetos, y esto les basta para mantenerse, porque son muy sobrios. Cuando yo estaba con mi hija mayor en una de las poblaciones de los Estados Unidos, presentábase casi todos los días una niña india que llevaba un paletó de hombre é iba á pedir siempre alguna cosa, pan y te, ó azúcar y manteca, ó aquello que más necesitaba. Aquella niña era muy atrevida, y por lo mismo nos hacía gracia. Una vez se presentó solicitando con mucho afán que le diésemos algún cañón de chimenea para encender más pronto el fuego, y, como precisamente teníamos uno que ya no usábamos, no tuve inconveniente en dárselo. La muchacha se fué tan contenta como si hubiese encontrado un tesoro, y después no la volvimos á ver.

EL ARROYUELO

Siempre alegre y bullicioso el cristalino arroyuelo, recorre inalterable su curso, fertilizando los prados, dando vida á las plantas y haciendo funcionar las ruedas de los molinos.

Incansable y jugueteón, nada le detiene en su rápida carrera: franquea todos los obstáculos que á su paso se oponen, y su movimiento es incesante hasta que se pierde en el mar.

DESPUÉS DE LA REPRIMENDA

Si el dibujo es precioso, en cambio no es menos verdadero. Cualquiera dice: *Eso es*. Así se ponen los niños después de una reprimenda, comentando, con el dedo en la boca y la cabeza gacha, la razón ó sin razón de la materna catilinaria.

LA ARAÑA Y LA AVISPA

Una incauta mosca acaba de prenderse en la tela de una araña. Esta última, creyendo segura su presa, adelántase estirando sus largas patas; pero en el mismo instante, una avispa corre en auxilio del insecto amenazado, que consigue escapar. Entonces la araña, furiosa por haber perdido la presa, acomete á la avispa. La lucha es encarnizada, mas al fin el afilado aguijón del insecto alado deja sin vida á la araña, que es arrastrada por su enemiga para servir de pasto á sus hijuelos.

EL MAESTRO DE MANDOLINA Y SU DISCÍPULO

Admíranos la actividad *profesoral* con que el mayorcito dirige la mano del discípulo, formando un dúo delicioso, digno de ser esculpido en barro. Recomendamos la elegancia del dibujo á los aficionados á este arte.



LOS GUANTES DE LIMERICK

(Continuación)

En tal disposición de ánimo, nuestro presidente, con un gesto de cabeza, impuso silencio á su mujer al tratar ésta de persuadirle de que Febea podía ponerse sus guantes de Limerick y concurrir al baile.

—¡Pues no irá á ese baile y le prohibo que jamás se calce ese par de guantes, so pena de incurrir en mi maldición!—exclamó el Sr. Hill.—Señora, quered trasmitirla mis palabras; y por lo que á vos concierne, fiad en mi juicio y mi prudencia en todo. Ocurrirán graves acontecimientos en Hereford. No digo más. Voy á consultar á hombres respetables que participan enteramente de mi manera de ver.

Salió, al decir estas palabras, dejando á la Sra. Hill en un estado que solamente pueden deplorar y comprender las personas atormentadas de una curiosidad excesiva. Volvióse á toda prisa á ver á Febea y la participó la resolución de su padre. Después fuése á charlotear con todas sus conocidas, contándolas lo que sabía y lo que no sabía, y esforzándose en descubrir un secreto, cuando no lo había.

En todos los estados de la vida hay pruebas que sufrir, pero ninguna mu-

jer era capaz de sobrellevarlas de mejor humor que la dulce Febea. Mientras que el señor y la señora Hill andaban de tal manera atrafagados, recibió la visita de una de las hijas de la viuda Smith. En la ingenua expresión de su reconocimiento, la chiquilla barajó el elogio del Sr. O'Neill con las gracias que le daba á Febea. El Sr. Brian, decía ella, era el más fiel amigo de su madre y le daba dinero cada semana desde que se había quemado la casa.

—Mamá lo quiere mucho,—añadió.—¡Es tan bueno, tan bueno, y ha favorecido á tantos otros pobres como nosotros!

—¿A quién, pues?—dijo Febea.

—A un pobre hombre que ha vivido algún tiempo cerca de nuestra casa.



El maestro de mandolina y su discípulo

No recuerdo ahora cómo se llama, pero es irlandés. Va de día á segar heno con los otros trabajadores. Ha conocido en Irlanda al Sr. O'Neill y ha hablado á mamá muy bien de él.

Febea sacó de un cajón de la cómoda los vestidos que había hecho para los niños de la pobre viuda y los entregó á la chiquilla. Los guantes de Limerick estaban guardados allí. Los sentimientos de Febea en favor del que se los había dado fueron reanimados por lo que acababa de oír y por el recuerdo de las confesiones de su madre, que no tenía, había dicho, ningún motivo razonable para pensar mal del Sr. O'Neill. Mientras hablaba la niña, Febea extendió sus guantes con el mayor cuidado en el fondo del cajón y se puso á deshojar encima una rosa que había cogido el día antes al salir de misa.

Entretanto el Sr. Hill celebraba grandes conferencias con toda la gente sesuda de la ciudad de Hereford, que coincidían con él en la manera de apreciar la cuestión del

peligroso boquete practicado bajo los cimientos de la catedral. Consideróse como un mal presagio todas las circunstancias de aquel baile, los grandes gastos que hacía el guantero irlandés, y sus generosidades, que eran señal cierta de que no tenía necesidad de vender sus guantes puesto que los regalaba. Parecióle, en fin, evidente que el pretendido guantero era un malhechor disfrazado. En virtud de todas esas consideraciones resolvióse por unanimidad, en el consejo celebrado por aquellos profundos políticos, que no había cosa mejor que hacer, para salvar la ciudad de Hereford del peligro que la amenazaba y preservar la catedral, que meter en la cárcel al Sr. O'Neill.

(Se continuará)

ADMINISTRACION: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID. — Ramon Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371. — BARCELONA